



---

[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

# Prólogo

La península de Baja California, desde su descubrimiento en el año de 1533, ha ejercido una extraña fascinación en propios y extraños. Navegantes, exploradores, aventureros, misioneros, conquistadores, marineros e indios de la contracosta plantaron su pie en tierras de sudcalifornia.

Un factor determinante de esta atracción fueron las perlas que se hallaban entre las mejores del mundo hasta ese momento conocido. Muchos pasaron de la contracosta para buscar perlas con la pretensión de hacer riquezas: algunos (muy pocos) hicieron sus armadas e invirtieron sus fortunas para aviar la embarcación y contratar a marineros y buzos.

Durante más de 300 años, las aguas del Golfo de California eran visitadas por los buscadores de perlas y de ellas surgieron mitos y leyendas que forman parte de la identidad del sudcaliforniano. Las riquezas perleras fueron extraídas de nuestros mares para adornar la corona del rey y el cuello de la reina o las damas de la corte.

Todavía al principio del pasado siglo un visionario llamado Gastón J. Vivés Gourieux creó en la Isla Espíritu Santo el primer emporio perlífero del mundo. Desgraciadamente llegó la revolución y la mezquindad del nuevo gobernador del territorio acabó con su empresa. don Gastón J. Vivés, vivió sus últimos años en La Paz en la casa marcada con el núm. 19 del Paseo del Malecón, aguardando la oportunidad de rescatar de la ruina su empresa ostrícola. don Gastón fue vecino y amigo de mis padres. Por qué menciono a Gastón J. Vivés en el prólogo de la novela de Juan Díaz, porque curiosamente los dos personajes están marcados por la fascinación de las perlas y la tragedia, aunque históricamente vivieron en circunstancias diferentes.

En efecto, según el jesuita Jaime Bravo, Juan Díaz era el hijo de un capitán de barco dedicado a las pesquerías de perlas, que por no poder ir él envió a su hijo en su lugar con catorce buzos y la tripulación.

La embarcación cayó en manos de los indios pericúes quienes dieron muerte a los buzos y a la tripulación, dejando vivo a Juan Díaz para que tripulase la embarcación para sus fines. Juan Díaz pasó algunos días con los pericúes hasta que en una oportunidad que tuvo escapó de sus captores para caer en manos de los guaycuras que vivían en el Puerto de La Paz. Los guaycuras le dieron buen trato hasta que fue rescatado, meses después, por pescadores de perlas y llevado al presidio de Loreto.

El personaje de Juan Díaz, como lo hace notar León Portilla en la introducción a la obra *Testimonios sudcalifornianos*, bien puede compararse con lo que le sucedió a otros españoles en los primeros años de la Conquista, que habían quedado cautivos entre diversos grupos indígenas, como Jerónimo Aguilar entre los mayas y el caso de Alvar Núñez Cabeza de Vaca entre los grupos indígenas de Norteamérica.

En la primera parte de la novela, el autor reconstruye los hechos con base en documentos de la historiografía de Baja California. En ella evoca una época pasada, haciendo que Juan Díaz viva su aventura en los mares del Golfo de California en busca de las perlas. En la ficción crea al personaje llamado “el mallorquín”, un viejo marinero que conoce como la palma de su mano los placeres de perlas y sus peligros. En esta primera parte, titulado Juan Díaz: el buscador de perlas, nos lleva por los placeres de las perlas en la isla del Espíritu Santo y describe algunas de las costumbres de los armadores de la época lo que brinda verosimilitud a los hechos narrados.

Por sus estudios antropológicos, el autor es capaz de describirnos con mucho realismo las costumbres de los indios californios pericúes, guaycuras y cochimíes, resaltando algunas ceremonias y festividades que fueron vistas por navegantes y misioneros y que fueron consignadas en cartas y relaciones. Es en este punto donde nos asalta la duda de si lo narrado sucedió como lo cuenta o es producto de la ficción, pues los acontecimientos o aventuras de Juan Díaz son relatados con sumo cuidado, lo cual nos lleva a imaginar cada momento de su aventura, además de que los sucesos en su estructura son reconocidos por el padre Jaime Bravo. Es así como el escritor toma como pretexto la estructura del relato del jesuita Jaime Bravo y lo va cubriendo de “carnita o sustancia” hasta darle cuerpo a la historia.

En la segunda parte, titulada Juan Díaz: el conquistador, el autor toma como pretexto el tiempo histórico y se aprovecha que el fundador de las Californias, Juan María de Salvatierra, contemporiza con nuestro personaje, para contar algunos momentos históricos de la fundación del real presidio de Nuestra Señora de Loreto, para después contar cómo Juan Díaz llevó a los misioneros al Puerto de La Paz y culminó con la fundación de la misión de Nuestra señora del Pilar de La Paz y la pacificación de los pericúes y guaycuras.

El autor echa mano a la imaginación pero se apega a los sucesos históricos haciendo un análisis de la documentación. El historiador León Portilla en la introducción señala: “Interesante sobremanera es la aventura que, a modo de digresión consigna el padre Jaime Bravo acerca de lo que había sucedido al marinero Juan Díaz que ahora acompañaba a los misioneros. En buena parte habría de deberse a él que, a la postre, se acercaran al ‘real’ o campamento los guaycuras.”

La participación decisiva de Juan Díaz en la fundación de la primera colonia permanente en el Puerto de la Paz, está mediada por las circunstancias que en mucho tropieza con la inverosimilitud; sin embargo, si creemos en el relato del padre Jaime Bravo sobre lo que él llamo “Las aventuras de Juan Díaz”, estaremos entonces obligados a otorgarle un lugar en la historia, a un lado de los insignes jesuitas Jaime Bravo, Juan de Ugarte y Clemente Guillén.

Luis A. Coppola Joffroy  
Senador de la República